20

SERMON PRIMERO

DE ROGACIONES

QUE EL LUNES 16 DE MAYO DE ESTE AÑO DE 1814

PREDICÓ *AL ILUSTRISIMO Cabildo y Ayuntamiento de esta Ciudad de Salamanca en la Parroquia de San Martin*

EL DOCTOR DON HENRIQUE FELIPE POTIER, PRESBITERO, ARCEDIANO DE MONLEON DIGNIDAD DE ESTA SANTA IGLESIA.

L. C. y Sol

SALAMANCA.

En la Oficina de D. Juan Vallegera.

canso. Pero no siempre así, hermanos mios, no siempre así: pues apenas se cuenta un siglo en que esta Nave acometida de vientos, de uracanes y de tempestades, no se haya visto al parecer en términos de zozobrar. Y quando se levantan estas tempestades que amenazan la destruccion, no solo de la Iglesia, sino de los Reynos é Imperios en que ella está: ¿que deberán hacer los Fieles, especialmente los Sacerdotes de Jesucristo? Qué? Lo que hicieron los Apóstoles, y nos dice el Santo Evangelio: llegarnos al Divino Salvador por medio de la mas humilde y fervorosa oracion, y dispertar su misericordia, clamándole: *Señor, salvanos, que perecemos. Domine, salva nos, perimus.* ¿Y quando, quando sufrió la Iglesia y el Reyno una tempestad mas deshecha que la que acaba de pasar? ¡O que vientos! que uracanes! que olas! que torbellinos! Y Jesucristo dormido: pero á los gemidos de los corazones contritos y humillados, á los clamores de los Religiosos, á las lagrimas de las inocentes y sagradas Vírgenes, y en fin á las preces y oraciones derramadas por los venerables Sacerdotes entre el vestíbulo y el altar, Jesucristo dispierta, da una voz, y al momento calman los vientos, se echan las olas, la tempestad se disipa, y à la mas fiera borrasca sucede la mas dulce

bonanza. ¿Y de donde se levantó esta tempestad? De donde? Del Infierno. Si hermanos mios: el Demonio es el que la ha excitado; así como la humilde y fervorosa oracion es la que la ha disipado. Y ved lá materia, y el asunto que ha de ocupar toda nuestra atencion en este discurso.

Gran Dios! Omnipotente Dios! Señor de la vida y de la muerte, en cuyas manos está la felicidad y la desgracia de los Reynos y de los Imperios, y á cuyo poder nada hay que resista en la tierra ni en el Cielo! Inspiradme, ó Dios mio, inspiradme en este Sermon una tan poderosa energía, que ella sola supla la flaqueza y la debilidad de mi apocado espíritu. Yo bien sé, Señor, que este Sermon ha de ser en la hora de mi muerte, y en el momento de mi terrible juicio uno de los mayores cargos que me ha de hacer vuestra justicia. Por tanto, haced ó mi Dios, haced de modo que él, no solo descargue mi conciencia en vuestro recto y justísimo Tribunal, sino que tambien sirva para luz y desengaño de mis oyentes, y produzca en sus almas el aprovechamiento que Vos quereis, y yo tambien deseo. Así os lo pido, así os lo suplico humildemente por los méritos de mi Señor Jesucristo, y por la poderosa intercesion de la Santí-

sima Vírgen, á quien todos saludamos, diciendola: *AVE MARIA.*

Domine, salva nos, perimus.
Mat. C. 8.

ILUSTRISIMO SEÑOR:

Los Santos Padres no están conformes, ni convienen entre sí, sobre saber qual fue el orígen de la tormenta que padeció la Nave en que íba Jesucristo con sus Apóstoles. Unos con San Pascasio dicen, que fue el curso regular de la Naturaleza, y que dexando obrar Dios las causas segundas sin milagro alguno, se movió esta tempestad en aquella ocasion. Origenes y Santo Tomas creen que el mismo Jesucristo la dispuso para exercitar en la humildad á sus Apóstoles. Otros se persuaden que la excitó el Demonio. Algunos, en fin, sienten con San Ambrosio, que el ir allí Judas levantó la tormenta, por cuya culpa padecieron todos. ¡O Iglesia Santa, quantos enemigos tienes! ¡quantos contrarios te cercan desde tu nacimiento! El mar te enviste: Dios te

combate: el Demonio te aflige: un mal pasagero te zozobra. Si hermanos mios: Dios, la Naturaleza, los Hombres, el Demonio la levantan tempestades, uracanes, y torbellinos. Y bien, el formidable terremoto y la deshecha tempestad que acaba de sufrir, no solo la Iglesia y Reyno de España, sino la Europa entera, ¿quien lo ha excitado? ¿quien la ha levantado? ¿Dios, los Hombres, ó el Demonio? Unos dirán que Dios, dexando correr el curso regular de las cosas humanas: otros que la insaciable codicia de los Hombres: estos que las opiniones erradas de los falsos Filosofos: aquellos que las heréticas doctrinas de los malos Teólogos: y algunos en fin, que nuestros muchos y graves pecados. Y todos, todos dicen bien, porque no hay duda, que todas estas causas se han unido, y han contribuido á la explosión del gran volcan que debia abrir el Infierno para que saliese el Demonio, y se dexase ver y sentir en la tierra. Si hermanos mios: el Demonio no solo mediata, sino inmediatamente y en su misma persona, es el que ha excitado este gran terremoto, esta horrible tempestad en que ha estado para perecer la Europa entera. Enemigo acerrimo y cruel de Jesucristo, porque en la misma Cruz en que él le permitió le pusiese,

le despojó del imperio que tenia en la tierra, ciego en su soberbia, y obstinado en su malicia, siempre está maquinando cómo podrá volver á ocupar el Sólio que tenia, y á empuñar el Cetro de hierro con que tiranizaba y esclavizaba á los hombres en la tierra. A este efecto no dexa continuamente su sagaz é infernal astucia de idear planes y formar proyectos. Mas como él sabe muy bien que de ningun modo podrá volver á reynar en el mundo, si antes no despoja á los hombres de las dos grandes potestades divina y humana, eclesiástica y civil que han recibido de Jesucristo, como Dios, como Señor, y como Rey de Cielo y tierra; por eso en todos sus planes y proyectos, el primer objeto que ocupa su atencion, es la destruccion de los Altares del verdadero Dios, y la ruina de los Tronos de los legítimos Soberanos. Para escabar los cimientos sobre que está zanjada la autoridad Real se vale de sus Filosofos; y para cabar y desmentir los fundamentos en que estriva y se levanta la autoridad eclesiástica y divina, se vale de sus Teologos. Filosofos del Demónio son aquellos que intentan obscurecer y apagar en los entendimientos humanos la clara y sana luz de la razon, haciendoles creer á los hombres sus opiniones como demostraciones, y

vendiéndoles las mas clásicas mentiras como ciertísimas verdades. Teólogos del Demonio son aquellos que niegan las verdades contenidas en las Santas y Divinas Escrituras de uno y otro Testamento: las verdades de la Divina Tradicion atestiguadas por los SS. PP.: las verdades definidas en los Santos y Ecumenicos Concilios; y en fin las verdades que los Sumos Pontífices, como cabezas de la Iglesia proponen é intiman á los fieles. Filósofos del Demonio son aquellos que dicen y enseñan que no hay Dios, que el mundo es eterno, que el alma del hombre no se distingue de la del bruto, que no hay Providencia, que todo en el mundo es un puro efecto del acaso. Teólogos del Demonio son aquellos que quieren sujetar la autoridad Divina al dictámen de su limitada razon; y porque no pueden entender la profundidad y alteza de los grandes é inefables misterios de la Fe, los niegan. Filósofos del Demonio son aquellos que dicen y enseñan que el hombre es libre para pensar lo que quiera, amar lo que quiera, y obrar como quiera, sin que ninguna ley ni precepto divino ni humano tenga autoridad para mandar, ni poder para esclavizar su entendimiento y voluntad. Teólogos del Demonio son aquellos que enseñan y dicen pública y

privadamente que no ha habido, como creen los insensatos y Teólogos poco ilustrados, tal Adan, ni tal gracia, ni tal pecado original, ni tal Redentor, ni tal Jesucristo, ni tales Sacramentos, ni tales Pontífices, ni tales Sacerdotes, ni tal Iglesia. Que todo esto no es mas que una fabula, que unos rasgos de la supersticion y de la ignorancia de aquellos siglos bárbaros del Gentílismo: rancias mentiras conservadas, aumentadas y sostenidas por el sórdido interes é insaciable avaricia de los Ministros de la supersticion: así nombran á los Sacerdotes de Jesucristo. Filósofos del Demonio, en fin, son aquellos que trabajan por despojar á los Reyes y á los Soberanos del poder y de la autoridad que Dios les ha dado en la tierra: *per me Reges regnant*; y Teólogos del Demonio son aquellos que intentan privar al Romano Pontífice de la primacía que tiene sobre todos los Obispos, y del poder y dignidad de Cabeza visible de la Iglesia, y Vicario de Jesucristo en la tierra. Estos Filósofos del Demonio, estos Teólogos del Demonio son los que desde Rouseau, Maestro de los primeros en nuestros dias, y Voltaire, Patriarca de los segundos, han trabajado indeciblemente en el plan de la destruccion de las potestades divina y humana, eclesiástica y civil. Quitar

los Reyes el poder, y privar á los Pontífices de su potestad, ha sido el blanco de todos sus tiros. Pero sus esfuerzos aun eran débiles, no eran bastantes para dar la última mano á tan grande y basto plan. Los solos ilustrados y enviados del Demonio no podian tanto; era indispensable un impulso, una fuerza mas poderosa para echar por tierra columnas tan altas y gruesas, torres tan elevadas y robustas, y edificios tan firmes y antiguos. Por eso sale el Demonio del Infierno, y se dexa ver en la tierra en la persona del mas fiero de los tiranos, que tantos rios de sangre, y tantas victimas inocentes ha costado á la Europa. Desgraciada España! infeliz Europa! Ya, ya comienza á dar espantosos rugidos, que estremecen cielo y tierra, el sobervio leon del abismo. El omnipotente Napoleon, Napoleon el omnipotente; así se nombra, así se apellida el Demonio en la persona de un hombre el mas pequeño por su nacimiento, y el mas baxo y ruin por su estatúra. Mas, ay! ay de nosotros! que garras tan espantosas! que uñas tan disformes tiene el leon! Un millon y trescientos mil combatientes forman las dilatadas y gruesas columnas de sus grandes exercitos. Infeliz Vicario de Jesucristo! Pobres Obispos!! Desdichados Reyes! Des-

graciados Príncipes! ¡Que truenos, que relámpagos, que rayos tan formidables van á caer sobre vuestras cabezas! Imperios, reynos, provincias, ciudades, pueblos todos de la Europa, torrentes de sangre van á inundar vuestros campos, vuestras ciudades, vuestras calles, vuestras plazas, vuestros Templos, vuestros palacios y vuestras casas. Padres de familia, prevenios para experimentar en ellas hurtos, rapiñas, insultos, y los mas violentos y crueles saqueos. Maridos, armaos de paciencia para ver violar y forzar á vuestras amadas mugeres en vuestra presencia, y delante de vuestros mismos ojos. Madres, fortaleced vuestros corazones para ver ensartar en las bayonetas á los pequeños hijos y tiernos pedazos de vuestras entrañas. Y vosotras, almas piadosas y cristianas, disponeos y preparaos para ver como se abren las clausuras religiosas, como salen volando de ellas las blancas palomas, huyendo á los campos y á los desiertos para encontrar en las grutas de las fieras el asilo de su pureza y vírginidad que temen perder entre los hombres: como arden los Templos, como se profanan los vasos sagrados, haciendo servir los cálices, las patenas, los copones en los usos mas infames y sacrílegos: como se degüellan los Sacerdotes, como

ultrajan, queman y despedazan las santas imágenes de Jesucristo, de María Santísima y de los Santos; y lo que es mas terrible que todo, y no puede decirse sin que se estremezcan las entrañas de sentimiento, y se rasgue el corazon de dolor, como se abren los santos sagrarios, y unas manos inmundas, impias, sacrílegas, y à veces chorreando la sangre del fiel y zeloso Sacerdote que impedia la extraccion del sagrado vaso, toman las sântas formas, y arrojándolas al suelo, las pisan, las escupen, y en fin, cometen con el mismo Dios Sacramentado los baldones, las injurias, y los sacrilegios mas horribles y exêcrables. ¡Qúe afliccion! que desolacion! que desamparo! Ya la Cabeza de la Iglesia, el Sumo Pontífice está encerrado en una prision, despojado de toda su autòridad, y con centinelas de vista para no permitir que ningun cristiano tenga el consuelo de poderle hablar: ya á quatro Reyes se les han quitado sus cetros y sus coronas: ya el amado Fernando es con engaños cautivo, y gime inconsolable; viendose privado de ser el Padre de sus fieles y leales españoles: ya no hay Grandes en los Reynos, ni hombres ricos en las Ciudades, ni sábios en las Universidades, ni Religiosos en sus Conventos, ni Virgenes en sus Monasterios, ni Curas en sus Par-

roquias, ni Canónigos en las Catedrales, ni Obispos, ni Pastores al frente de sus rebaños: ya no se conocen en la Europa las potestades divina y humana, eclesiástica ni civil: ya no rigen, ya no gobiernan las leyes de Dios, ni las de la Iglesia. El Demonio en Napoleon, es el solo que promulga leyes é impone preceptos que se han de guardar á la fuerza de las bayonetas. El es el solo Pontífice, el solo Obispo, el solo Rey, el solo Señor, el solo Dios á quien han de obedecer los hombres. A este dominio, á este triunfo, ¿que voces, que aclamaciones, que víctores tan infames no resuenan en los abísmos, y se oyen en la tierra? Mueran, dicen, mueran los Pontífices, mueran los Reyes, mueran los Obispos, mueran los Príncipes, mueran los Sacerdotes, mueran los Grandes, muerá la Iglesia, muera el Evangelio, muera el imperio de Jesucristo; y viva, viva el Príncipe de las tinieblas, viva su imperio, vivan sus Filósofos, vivan sus Teòlogos, vivan sus maxímas, vivan sus doctrinas, vivan sus leyes, mueran las virtudes, y vivan los vicios: viva la sobervia, viva el orgullo, viva el luxo, viva la gula, viva la luxuria. Levántese á esta Diosa del Infierno en la Córte mas cristiana de la Europa, un Palacio, un Serrallo, y sea este el Templo de la Vírgen

de la Soledad en Madrid, en el que en estos últimos tiempos se han tributado los mayores cultos á Jesucristo Sacramentado, especialmente en la solemne Novena del Alumbrado: el cuerpo de esta Santa Iglesia sirva de gran salon para los bayles públicos que en ella se han de celebrar: adornense con el mayor luxo sus Capillas, con colgaduras, con luces, con espejos, con pinturas y quadros los mas lascivos y obscenos, con blandos lechos y mullidas camas, para que en ellas se consumen las fornicaciones, los adulterios, las sodomías, y quantos géneros de torpezas quieran cometer hombres y mugeres, despues de haber danzado estas, unas medio vestidas, y otras enteramente desnudas. Ah! que contento está el abismo! ¡que gozoso y alegre està el Infierno! Pero, ¡que afligida! ¡que triste está la Iglesia! Llora el Sumo Pontífice, lloran los Cardenales, lloran los Obispos, lloran los Religiosos, lloran las Vírgenes Sagradas, lloran los Sacerdotes, y lloran todos los fieles, clamando al Señor: salvanos, que perecemos: salvanos, Señor, que perece tu Iglesia, que perece el Reyno. ¿No veis, Señor, como el Reyno mas cristiano de la Europa se ha convertido de repente en un horrible y espantoso Infierno? En él arde el fuego de la luxuria, el humo de la vani-

dad, las tinieblas de la ignorancia, el hedor de los vicios, las furias de las pasiones, el Can Cervero de las tres lenguas de la murmuracion, el Pluton de los entendimientos sobervios, el rio Leteo del olvido de Dios y de sus grandes beneficios; y en todas partes, y por todas partes no se oyen mas que imprecaciones, maldiciones y blasfemias horribles contra Dios, en la unidad de su Esencia, en la trinidad de sus Personas, en todos sus atributos, en todos sus Misterios, y en todos sus Santos Sacramentos. ¡Que horror! ¡que miedo! ¡que espanto! ¡Ay de España! ¡ay de la infeliz España! Salvanos, Señor, que perecemos: Señor, salvanos, que perecen nuestras haciendas, perecen nuestras rentas, perecen nuestros hermanos, perecen nuestros padres, perecen nuestros maridos, perecen nuestros hijos, perecen nuestras vidas, y lo que es mas doloroso, y no se puede decir sin derramar lagrimas de sangre, perece, ó Señor, tu Fe, perece tu Esperanza, perece tu Caridad, perece tu Gracia, perecen tus Sacramentos, perece, en fin, tu Iglesia Santa. A estas voces, á estos gemidos, á estas lagrimas derramadas en la oracion mas llena de fe, mas humilde y mas fervorosa, Jesucristo que parecia estaba dormido, dispierta, da una voz; y á la tempestad mas horrible

sucede la mas quieta y tranquila bonanza. *Tunc surgens imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna.* Las columnas de los grandes exercitos se disipan como columnas de humo á la presencia del viento. Napoleon es preso, y en el momento toda la Europa muda de semblante. La cabeza de la Iglesia, el Vicario de Jesucristo, revestido de toda su autoridad, ocupa su silla. Los legítimos Soberanos suben á ocupar sus tronos, y empuñar sus cetros. El amado de Dios y de los hombres, Fernando, el gran Fernando, entra en sus dominios: todos los pueblos corren y se apresuran para rendir el vasallage, y besar la mano de un Rey, que antes de empuñar el cetro, era ya Rey y Señor de los corazones de todos los españoles. Y en tan grandes y asombrosos sucesos, ¿quien es el que no ve una cadena de prodigios? ¿quien es el que no palpa milagros del primer órden? y ¿quien es el que no exclama admirado: *Dextera Domini fecit virtutem?* Ah! No, no son los hombres; es Dios, es Jesucristo, es su voz omnipotente la que ha disipado tan espantosa nube, y tan deshecha y horrible tormenta. *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris.* El es el que puso en vergonzosa fuga y destrozó el millon de combatientes: él es el que ha humillado al Demonio en el Tirano de estos últi-

mos siglos: él el que ha réstituido la páz á la Iglesia y á los Reynos: él el que ha sentado al Pontífice en su Silla, colocado á los Reyes en sus Tronos: el es el que nos ha traido á nuestro amado Fernando, para que reyne pacífico en medio de un pueblo, que no solo lo ama, sino que lo idolatra. Cantemos alegres, hermanos mios, cantemos alegres las misericordias del Señor. *Misericordias Domini in aeternum cantabo.* ¿Y quien ha obtenido estas misericordias? ¿Quien despertó á Jesucristo? Quien? La oracion humilde y fervorosa. Los clamores, las lagrimas de sus dilectas Esposas, derramadas en el retiro de sus claustros. Quien? Los gemidos, las preces, las oraciones de todos los Fieles, y de los venerables Sacerdotes, que levantadas sus manos al Cielo, como otro Moyses, clamaban postrados ante los santos Altares, y especialmente en el augusto y adorable sacrificio de la Misa: *Señor, salvanos, que perecemos. Domine, salva nos, perimus.* Bendito sea Dios! Alabado sea Dios! Glorificado sea Dios en la tierra, como lo es en el Cielo! Entonen los Angeles en el Empireo el hymno de gloria. Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Exercitos, á tí sea dada toda la gloria, todo el honor, y toda la alabanza y bendicion; y entonen los hombres en el suelo el hymno

la tierra. Digamos todos á grandes voces: gloria dada al Eterno Padre, gloria al Eterno Hijo, y al Eterno Espíritu Santo, ahora, siempre, y los siglos de los siglos. Amen. Amen. Amen.